LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

DOS PEDAZOS DE LA VERDADERA CRUZ

El cardenal arzobispo de París y los teólogos Mgr. Gaspari, profesor de la Facultad de Teología, y M. Many, profesor del Seminario de San Sulpicio, han reconocido en la forma prescrita por el Concilio de Trento, dos reliquias de la verdadera cruz, conservadas en la iglesia de Nuestra Señora de París.

Una de estas reliquias, cuya autenticidad fué reconocida por M. Richard cuando se regaló un trozo de ella á M. Perraud, obispo de Autun, en Diciembre de 1894, estaba encerrada en un tubo de vidrio sellado con las armas de M. Darboy, arzobispo de París.

Tiene diez centímetros y medio de longitud, quince milímetros de ancho y cinco milímetros de espesor. Un pedacito de pergamino que lleva agregado contiene esta inscripción: *Haec frusta sunt de Santa Cruce quam S. Lazarus deportavit Massiliae donata Reg. Renato cuius pars relictæ est Massiliae.* (Estos son los pedazos de la Santa Cruz que San Lázaro llevó á Marsella, regalados por el Rey Renato; una parte quedó en Marsella.)

Este pergamino ha sido sometido al examen de un eminente profesor de la Escuela de diplomática, que ha declarado que la letra es seguramente de fines del siglo xv. En los archivos de las reliquias de Nuestra Señora se conserva un escrito sin fecha, que debe ser de fines del siglo xviii ó de principios del xix, en el que se expresa la manera como la cruz del rey Renato se salvó de la destrucción durante la revolución del siglo pasado.

Dice así este escrito:

«Esta reliquia de la verdadera cruz de Nuestro Señor Jesucristo estaba expuesta á la veneración pública en la ciudad de Avignon...

En la época de la Revolución se rompió la cruz encarnada, en la cual estaba encerrada esta preciosa madera, en el altar. El sacristán, según la voluntad del superior, se la entregó en seguida al padre que la conservó hasta su muerte, pasando después á

ser de mi propiedad. He visto varias veces á este sacristán—hombre incapaz de engañar por su honradez y piedad—y me ha asegurado siempre que esto es de la verdadera cruz de Nuestro Señor Jesucristo... En cuanto á mí, certifico que esta es la misma reliquia que fué llevada á casa del padre, y que siempre conservamos con veneración, y que es la misma que estuvo expuesta á la veneración pública en la casa de los padres celestinos de Avignon.»

El cardenal arzobispo de París y los teólogos citados examinaron también una copia auténtica de las cartas patentes del rey Renato y de la reina Juana, su esposa, fechadas el 29 de Enero de 1446; cartas por las cuales declaran que regalaron la verdadera cruz á los celestinos de Avignon.

En estas cartas, escritas en latín, se dice lo siguiente:

«Esta preciosísima madera de la Santa Cruz, dicho serenísimo señor rey ha afirmado y declarado con palabra de verdad que la tenía de la iglesia catedral de la bienaventurada María Mayor, en su muy antigua y célebre ciudad de Marsella; y á creer la tradición pública y los testimonios auténticos, esta madera fué traída á dicha iglesia y citada por el bienaventurado Lázaro, patrón de la misma.»

Después de haber examinado todos estos documentos y consultada la opinión de los teólogos arriba expresados, el cardenal arzobispo de París ha declarado que la reliquia conservada en Nuestra Señora es la que guardaron antiguamente los Celestinos de Avignon y que el rey Renato les había regalado, siendo, por tanto, auténtica, y ordena que sea de nuevo cerrada en un tubo de vidrio debidamente sellado con el sello arzobispal, después de levantada acta del reconocimiento hecho.

La segunda reliquia que ha examinado M. Richard y que igualmente ha sido declarada auténtica, es la cruz llamada de San Claudio. Está en una cruz de esmalte azul de un decímetro de longitud. La reliquia se compone de pedacitos dispuestos en forma de cruz (9 centímetros de largo por 6 de ancho), y colocados bajo un cristal. Sobre la reliquia hay dos papeles con esta inscripción: «Verdadera cruz». El catálogo de las reliquias de la iglesia metropolitana de París, contiene una nota en la que se dice que esta cruz perteneció antiguamente á M. Quélen, arzobispo de París, á quien había sido donada por monsieur de Chabot, antiguo obispo de San Claudio, canónigo de Saint-Denis, muerto en París el 28 de Abril de 1819.

Por último, en los archivos de Nuestra Señora se conserva un acta concebida en estos términos y con el sello en cera encarnada de M. Chabot:

«Nos, Juan Bautista de Chabot y de Mende, certifico que la presente reliquia de la verdadera cruz ha sido cogida en la iglesia Catedral de San Claudio, donde estuvo expuesta varios siglos

á la adoración de los fieles (*sic*) en fe de lo cual hemos dado por auténtico el presente certificado en París á 20 de Junio de 1809.»

Consecuencias religiosas, políticas é internacionales del Congreso de Westfalia

III

La excepcional influencia ejercida por el Congreso de Westfalia en los destinos de la humanidad, las dificultades innumerables que á su reunión, conforme hemos dicho, se opusieron, el hallarse interesadas en sus resoluciones la mayor parte de las potencias, rodean á dicha Asamblea de circunstancias tales, que se comprende fácilmente la atención que le prestan todos los tratadistas, ya se refieran al orden religioso, ya al político, ya al internacional.

Abrase el libro de la Historia, examínese detenidamente el gran número de convenciones que se han celebrado en el decurso del tiempo, y en medio de una serie de tratados que á asuntos particulares se refieren, afectantes únicamente á dos pueblos determinados, se encontrarán sin duda otros que destacan por la entidad de los intereses que afectan; pero ni el tratado de los Pirineos, base del engrandecimiento de la nación vecina á costa de nuestra patria; ni los de Nimega y Riswyk, celebrados con motivo de la avasalladora política del gran Luis XIV; ni el Congreso de Utrech, originando el reino de Prusia y el de Italia y organizando sobre nuevas bases el equilibrio internacional; ni los diversos tratados y negociaciones diplomáticas habidas durante el siglo XVIII, en las que tanta participación cupo á España gracias á la patriótica política iniciada por los Monarcas de la Casa de Borbón, cabalmente para deshacer la obra del Congreso de Utrech; ni los tratados que se celebraron con motivo de la Revolución Francesa y la ambición del Capitán del Siglo; en fin, ni el mismo Congreso de Viena, que puso término á la última guerra general europea que hasta ahora ha tenido efecto, ni uno solo de los tratados, convenidos ya para la paz, ya para la guerra, ninguna de las Asambleas diplomáticas que registra la Historia del Derecho Internacional, reviste la excepcional importancia del Congreso que puso término á la guerra de los treinta años, resolviendo acerca las pretensiones de las potencias que en ella habían tomado parte.

Hay algunos que se refieren á multitud de materias, pertenecientes á diversos órdenes, principalmente al internacional, derogando el derecho de albinagio, las cartas de marca y represalias, la confiscación de bienes, y otras prácticas abusivas de igual

género, compatibles con la barbarie de la Edad Media tenidas por legítimas, en una organización política y social asaz defectuosa, y que forzosamente debían ir desapareciendo, á medida que la luz del progreso la civilización fuesen extendiendo el radio de su esfera de acción, colijando bajo el manto de sus bienhechores rayos el mecanismo de la sociedad: pero es lo cierto que ninguna de estas materias, con todo y ser trascendentales, afectan tanto al modo general de ser de los pueblos, como las resoluciones adoptadas en Westfalia, no ya por representantes de algunas naciones, sino de todas ellas, según vimos al hacer la clasificación de los embajadores que asistieron á la Asamblea, tomando parte en sus deliberaciones.

Así es, que para apreciar la influencia ejercida por dicho Congreso, y juzgar con rectitud de criterio la justicia y eficacia de sus acuerdos, es preciso distinguir los que se refieren al orden religioso, al político y al internacional.

La guerra de los treinta años, debió en parte su origen á una cuestión religiosa: á la lucha entre la ortodoxia romana y los apóstoles de la Reforma que iniciara en Alemania Martín Lutero; y decimos en parte, porque en la propagación del Protestantismo intervinieron una serie de concausas que no es del caso enumerar, y que después originaron aquella lucha, entre las cuales no deben olvidarse las luchas entre los Príncipes del Imperio, y entre las diversas naciones que se disputaban la hegemonía en Europa.

De suerte, que desde los primeros momentos de la guerra, los intereses religiosos aparecen mezclados con cuestiones meramente políticas; las naciones que en ellas intervienen, más que al aspecto religioso, atienden al temporal, y así, no ha de extrañarnos que naciones católicas como Francia, se pusiesen al lado de los protestantes. La propia España, una de las naciones que tomaron parte más desinteresada en la lucha, últimamente, con el apoyo que los reformistas prestaron á los insurrectos de los Países Bajos, tuvo también en su participación una mira política.

No ha de sernos indiferente este hecho, porque conforme veremos, influyó decisivamente en la solución dada á la cuestión religiosa por los diplomáticos reunidos en Westfalia, é influyó en sentido desfavorable, cosa al fin y al cabo, lógica y natural, pues sabido es que siempre y cuando se establece una lamentable confusión entre la Religión y la Política, ambas resultan perjudicadas en definitiva.

La Religión y la Política, son dos elementos indispensables para la existencia del orden social, constituyen los dos principales engranajes del complicado mecanismo que regula la existencia de la sociedad, ya particular, ya internacional, y precisa por tanto que cada una se mueva dentro el círculo de sus atri-

buciones, con la debida relación y armonía entre ellas, resolviendo de común acuerdo, las cuestiones que á ambas competen, de conformidad con la doctrina constantemente sustentada por la Iglesia, y que últimamente ha recomendado el inmortal León XIII, Pontífice que la Divina Providencia ha colocado en la Cátedra de San Pedro, para resolver pacíficamente estas cuestiones que hoy, más que nunca, agitan la sociedad contemporánea.

Por desgracia, las cuestiones religiosas de los siglos xvi y xvii, aparecieron confundidas con los intereses políticos, y en virtud de ello, el Congreso de Westfalia se preocupó más bien de las cuestiones temporales, y con tal de satisfacer á las partes contendientes verificando un reparto de los Estados, á gusto de todos, no tuvo inconveniente en establecer un estado de Derecho, en materia religiosa, que si pudo halagar el amor propio y las pretensiones de los protestantes, no ocurrió ciertamente igual con los católicos.

Establécese en efecto, en el tratado general de Westfalia, la más amplia libertad para el ejercicio del culto protestante, tanto para los luteranos como para los calvinistas, y para garantizar esta concesión, se dispuso que todas las contiendas religiosas en Alemania, foco del protestantismo, se someterían á la dieta general del Imperio, estableciéndose, además, una nueva organización política, que más tarde examinaremos.

También en el tratado de Munster, celebrado por España con los rebeldes de los Países Bajos, en el propio Congreso de Westfalia, reconociendo su independencia, se establece en los artículos 18 y 19 que los holandeses puedan ejercer el culto protestante en España, y los españoles el católico en Holanda, siempre que procuren hacerlo con la mayor moderación, para evitar el escándalo público, autorizándose á unos y á otros para que puedan tener en cada país lugares propios donde enterrar decorosamente á los súbditos respectivos.

Por lo que se refiere á esta última disposición, no representa, como algunos creen, la libertad, sino la tolerancia de cultos, y su contenido, no es nuevo en los tratados celebrados por España, pues también se encuentra en términos análogos en el artículo 21 del tratado de Londres de 18 de Agosto de 1604 y en el artículo séptimo del de Amberes, firmado con dichos rebeldes, en Abril de 1609. Y es que las necesidades políticas así lo habían exigido, y confundidos éstos con los religiosos, habiase operado el sacrificio de los últimos.

En cambio, lo dispuesto por el tratado general de Westfalia entre Francia, Alemania y Suecia, al que se adhirieron las demás potencias, representa algo más, un fatal progreso en materia de concesiones al error, pues no es solamente un *statu quo* análogo al establecido por la secta de Ausburgo, sino una verdadera libertad religiosa.

En el Congreso de Westfalia hemos de encontrar, por consiguiente, el origen de las actuales tendencias acerca lo que debe ser el Estado ante la Religión. Abierta ya una brecha en la Unidad Católica, pronto cundió el ejemplo, y el concepto del Estado librecultista, ideal á que hoy aspiran no pocos filósofos, empezó á tener ya, en el siguiente siglo, ardientes partidarios.

A partir del Congreso de Westfalia, puede decirse que cesa por completo aquella unidad moral, que hasta entonces había existido constituyendo una Anarquía, de la cual, bajo la dirección del Papa, formaban parte todas las naciones católicas: en adelante, separadas del Catolicismo las naciones del Norte y Centro de Europa, y reconocida oficialmente la nueva Religión, no era posible, durante mucho tiempo, que fuese el Papa árbitro en las cuestiones internacionales, puesto que exacerbadas las pasiones religiosas, los protestantes veían en él al representante de la Iglesia, que habían jurado destruir, de la cual ellos se habían separado, y ningún poder humano era capaz de someterles, bajo ningún punto de vista, á la discusión del Pontífice.

Verdad es, que en los tiempos modernos, se deja sentir con fuerza irresistible la falta de una autoridad superior á la de los Estados, y que muchos tratadistas creen que tal poder sólo puede ejercerlo el Papa. Pero es que hoy han variado mucho las circunstancias: á la exaltación de los sentimientos religiosos en las naciones protestantes ha sucedido la indiferencia y sólo así se comprende que sostengan tal aspiración no pocos enemigos del Pontificado, que se ven obligados á confesar la verdad, ante la fuerza de los hechos.

Las cuestiones religiosas, dejan agitar á los pueblos por espacio de largos años, aun diremos, siglos: y tanto es así, que á no tardar, naciones protestantes, como Holanda, Suecia é Inglaterra, se unieron á España para contrarrestar el poderío de Francia bajo el glorioso reinado de Luis XIV.

Hasta entonces el Papa, mediante su representante, intervenía en todos los tratados internacionales ejerciendo el papel de mediador; pero á partir del Congreso de que tratamos puede decirse que cesa por completo esta intervención del Pontífice; pues si bien á las conferencias preliminares de algunas convenciones internacionales, asistió algún representante del Jefe Supremo de la Iglesia, y se atribuyó el carácter de mediador, por ejemplo en el Congreso de Nimega, cuya mediación la ejerció Monseñor Pepilaga, sus funciones fueron meramente nominales, y al poco tiempo, la mediación fué ya ejercida exclusivamente por otras naciones, y alguna vez rechazada la que el Pontífice ofreciera.

De aquí se siguió un gravísimo inconveniente, puesto que de-

biendo ser el mediador completamente imparcial, sólo el Papa, principalmente entonces que gozando de su poder temporal, no dependía de ninguna potencia, puede reunir dicha circunstancia. En cambio, sabemos por la Historia, que más adelante algunas mediaciones se convirtieron en medios para favorecer determinadas potencias, como le ocurrió á España en el tratado de Lisboa, de 13 de Febrero de 1668, reconociendo la independencia de Portugal, en el cual Inglaterra ejerció el papel de mediadora, representada por el conde de Sandwich, que contenía condiciones bastante denigrantes para nuestra patria.

En resumen ¿qué concepto general nos merecen las disposiciones religiosas adoptadas en Westfalia? Para responder con acierto á esta pregunta es preciso distinguir dos puntos de vista completamente distintos.

Como católicos, entendemos que la unidad religiosa, es unpreciado bien, cuyos frutos están á la consideración de cuantos quieren apreciarlos. Nosotros, que en lo más interno de nuestra conciencia rendimos culto ferviente á las doctrinas que sellara con su sangre el Mártir del Gólgota, cuando allá en la cima del Calvario se consumió la tragedia más horrible presenciada por los siglos, y al desenvolvimiento dado á las mismas por la Iglesia Católica, entendemos, que siempre y cuando sea posible, es preciso mantener la unidad de creencias. No basta, no, que el Estado profese la Religión verdadera; no basta que la proteja ostensiblemente y deje á las demás abandonadas á sus propias fuerzas: puesto que su misión es la realización del bien de los ciudadanos, y éste no puede encontrarse en oposición con la verdad, precisa que el poder soberano, ampare los derechos del Catolicismo, declarándole la única Religión verdadera é impidiendo, en cuanto esté en sus manos, el ejercicio de ningún otro culto.

Esta es la tesis; pero á su lado aparece la hipótesis, de un modo inevitable. Los católicos no podemos vivir alejados de la realidad: nuestra doctrina concede marcada preferencia al espíritu sobre la materia; pero aunque marcadamente espiritualistas hemos de tener presente las lecciones de la práctica sino queremos caer en un idealismo fatal, que sólo conduce á consecuencias, que tal vez en el mundo de las ideas podrán constituir aspiraciones generosas, pero acaso rodeadas de una atmósfera que impide su completo desenvolvimiento, tal como la inteligencia lo ha concebido.

Aplicando estos principios á la cuestión á que nos referimos, creemos que cuando en un pueblo abundan de tal suerte los elementos católicos, que puede decirse constituyen la mayoría del país, cuando por circunstancias históricas ú otros motivos es imposible la existencia de la Unidad religiosa, no podemos pedir imposibles, y es preciso admitir hipotéticamente la libertad ó to-

tolerancia de cultos, según los casos. Así se explica que la Iglesia no pida el establecimiento oficial de la Unidad Católica, en los Estados Unidos, porque esta debe existir en los hechos, en la realidad práctica, al mismo tiempo que en las leyes.

De aquí como consecuencia, que atendida la situación de los países protestantes; terminada la guerra de los treinta años; habida consideración de los caracteres de la lucha, las fuerzas que había demostrado la Reforma, al sostener, casi apenas nacida, una sangrienta campaña; la exaltación de los ánimos y la necesidad de una pacificación general, entendemos que, humanamente hablando, el Congreso de Westfalia no podía afirmar la Unidad Religiosa cuando esta había sido rota; no podía negar á los protestantes ciertas condiciones.

Pero, con todo, creemos que en el terreno de las concesiones religiosas los diplomáticos de Westfalia se excedieron, llegando al reconocimiento de la libertad de cultos, concediendo á los protestantes intervención activa en la gobernación del imperio Alemán, cuando debiera haberse limitado á respetar sus creencias en el foro interno no persiguiéndoles por sus opiniones religiosas: en una palabra, no debió ir el tratado más allá de una prudente tolerancia.

Pero, conforme antes hemos dicho, confundidos los intereses religiosos con los políticos, las naciones anteponiendo éstos á aquéllos, concedieron á los protestantes activa intervención en la constitución política de Alemania, para abatir á la Casa de Austria, y en efecto: con las turbulencias que por ella se originaron y con la independencia de los Países Bajos españoles, lograron su objeto, infiriendo grave herida á la Casa de Austria en sus dos ramas, austriaca y española.

Por consiguiente, en este punto, el Congreso de Westfalia no puede merecer nuestro aplauso. Influyó en el orden religioso, pero la protesta del Papa, principalmente por la secularización de algunos obispados, demuestra bien á las claras que ningún católico puede alabar en absoluto la obra religiosa de dicha Asamblea.

CASIMIRO COMAS DOMÉNECH

Barcelona, 5 de Julio de 1895

CRONICAS LITERARIAS

LA CANCION DE LAS ESTRELLAS

POEMA DE DON MANUEL REINA

No se asuste el lector al fijar su vista en el encabezamiento de estas líneas, porque no va á encontrarse con la labor de quien

sin méritos de ninguna especie se erige en censor de las obras ajenas. No llega á tanto mi atrevimiento, por lo que suplico á los que me leyeren, comiencen el presente artículo sin prejuicio alguno y en la seguridad de que se trata únicamente de la exposición de meras impresiones causadas en el ánimo de uno de tantos entusiastas de las bellas letras, por las principales obras literarias que vayan apareciendo.

Allá va, pues, una ligera noticia de la última producción del poeta don Manuel Reina, el suspirado autor de otro libro de versos, *La vida inquieta*, no ha mucho publicado, y que llamó poderosamente la atención de todos los que en nuestra patria se interesan por el movimiento literario, que desgraciadamente no son en extraordinario número.

La canción de las estrellas, constituye un folleto de treinta y ocho páginas, elegantemente editado y que se vende al precio de una peseta.

Nada más sencillo, pero nada también más dramático que el asunto del poema: Una niña enamorada á quien olvida su amante entre los placeres y goces de la Corte, de ese Madrid que, como ha dicho atinadamente el mismo poeta en otra admirable composición, *en todo es grande excepto en la virtud*; y un padre que sufre viendo sufrir á su desdeñada hija y que mata al pérfido que, no conforme con despreciar una pasión pura y desinteresada, ultraja á la infeliz doncella, que termina por sepultar su hermosísimo cuerpo en las aguas del caudaloso Guadalquivir *que, piadosas, le abren su tumba de cristal*.

El efecto que *La Canción de las estrellas* produce en el lector es inexplicable: la brillantez del estilo del poeta andaluz es como la de los rayos del sol que dora las rientes vegas de su tierra: deslumbradora. A los que hemos nacido y habitado constantemente en el norte de E-paña, donde la vegetación no es, ni con mucho, tan exuberante, ni la luz tan alegre y viva como en el sur de nuestra Península, un poema como el que ahora ocupa nuestra atención, nos parece más bien una concepción puramente fantástica que un estudio poetizado de la naturaleza en todo el esplendor de su fertilidad y de su galanura.

¿Quién no desea vivamente recrear su vista y espaciar su espíritu en un rincón tan agradable como la pintoresca huerta

que, arrallador, abraza el caudaloso
 Guadalquivir triunfante?... Ella es la amada,
 la hermosa favorita del gran río,
 pródigo rey de la andaluza tierra;
 alguna vez irritase el monarca
 y desbordado el bramador torrente
 de su temida cólera y sus celós,
 deshace la guirnalda de la huerta
 y su resplandeciente vestidura

Pero después, calmados sus enojos,
gentil y halagados, á su querida
orna con verde túnica de raso,
en su frente coloca una diadema
de hojas y frutos, y á sus pies floridos
palmas de plata, enamorado, arroja.

Bien merece esa huerta ofrendas tales:
que es un edén. Relumbra entre sus ramas,
como el nevado cuerpo de una ninfa,
la morada blanquísima y risueña
del hortelano, placentero albergue,
en cuyo alero anidan las palomas
y fabricó su nido alicatado
la inquieta golondrina. En la fachada,
que orlan y alegran pámpanos frondosos,
brillan al sol, como pupila verde,
los vidrios de una rústica ventana
en cuyo marco embalsamadas flores
dan su perfume y el amor su trova,

.

Reina excita con esta y con otras bellísimas descripciones de su poema la envidia del lector hacia los dichosos mortales que se ven rodeados de tales encantos, reunidos quizás en un trozo de tierra con el único fin de que tengamos aproximada idea del Paraíso: parajes tan deliciosos como los que pinta el poeta parecen en efecto miniaturas de la gloria.

Y para acabar: don Manuel Reina es el escritor de siempre; atildado y correctísimo en la forma; colorista afortunado y justo en las descripciones, y original y atrevido en las imágenes con que adorna sus versos, de los cuales citaremos por su delicadeza y elegancia, la siguiente, en que dice, hablando de los dos amantes:

Vedlos pasar por el mojado césped
unidos cual dos versos amorosos
que ata el lazo de perlas de la rima.

En suma, don Manuel Reina es un artista, y su último poema un motivo más para que se le coloque entre los principales poetas con que hoy contamos.

A.

CARTA A UNA AMIGA

Querida amiga,
que sin novedad se halle
celebraría.

—

Hace ya mucho tiempo
que deseaba
escribirle, cual pide,
alguna carta;

mas nunca asunto
vefa me sirviera
en tal apuro.
Yo bien amalgamaba
en mi memoria
recuerdos y noticias
de cien historias;
pero es el caso,
que siempre era el que hacia
trabajo en vano.
Amores contrariados,
rencores, celos,
nada encontraba nunca
que fuera á pelo;
cuando V. misma
ocasión me ha brindado
para que escriba.
Ya veo que critica
mis pretensiones,
porque con sus doctrinas
no estoy conforme;
pero mi amiga,
creo que todo el mundo
me hará justicia.
Según dice en su carta
ya se han burlado
porque dije muy serio
que no me caso;
mas no obstante esto,
permítame que aclare
mi pensamiento.
En la mujer no busco
yo la belleza,
y, antes que muy bonita,
la quiero fea:
porque es sabido
que el que hermosa la tiene
corre peligro.
Es mujer que me gusta
la de su casa;

16 de julio 1895.

hacendosa, modesta,
buena y honrada:
que es así, sólo,
cuando de la familia
son el tesoro.
La deseo instruída
ya por su madre
en los nuevos deberes
que ella contrae;
en fin, yo quiero
que ella brille en la casa,
no en los paseos.
Y ahora diga, amiguita:
¿Entre las muchas
que conoce usted y trata,
sabe de alguna
que por ensalmo
se parezca un poquito
á este retrato?
Que soy muy exigente
diráme creo,
y es difícil la encuentre
cual la pretendo;
pero, mi amiga,
estoy en mi derecho
al elegirla.
Y aunque las exigencias
que tal vez tengo,
me obliguen á quedarme
siempre soltero;
de todos modos
«de ir mal acompañado
más vale ir solo».
Con que, abur; dé expresiones
á sus amigas
y á todas esas chicas
que por mí pidan
que yo me escamo;
y que si no es muy buena;
«yo no me caso».
A. TORNERO DE MARTIRENA

DOS DISCURSOS NOTABLES

(Continuación) ⁽¹⁾

Así va unida y mezclada íntimamente con la historia la poesía satírico-política; y, como todo lo dice con indiscreción y osadía,

(1) Véase el número anterior.

y como á todo se atreve sin disimulo, es auxiliar eficazísimo para conocer los anales de los pueblos y juzgar de sus acontecimientos. Aristófanés y Juvenal son los mejores comentaristas de Tucídides y de Tácito. Mejor que las crónicas del siglo xiv nos refiere el *Rimado de Palacio* el abatimiento á que llegó la corona de Castilla en tiempo de los Trastámaras. Sin Rabelais no se comprende el siglo xvi en Francia, ni el xvii en España sin las obras de Quevedo. Voltaire llena su tiempo con su diabólica risa, y con ella pinta más elocuentemente que cualquier libro de historia el carácter del siglo xviii.

Supuestos tales antecedentes, habréis de convenir conmigo en que el desenvolvimiento de nuestra poesía satírico-política corre parejas con el de la historia del idioma y de las letras castellanas.

Nace, en efecto, señores académicos, nuestra poesía satírico-política en el siglo xiii. La civilización de Castilla, cifra y resumen de la cultura de todos los diversos estados de la Península en aquellas fechas, alcanzó entonces un nivel extraordinario. Fernando III, *el Santo*, y Alfonso X, *el Sabio*, engrandecedores de las letras y de las ciencias, al par que del imperio político y cristiano; no solamente lograron mover á los suyos para que tomaran afición á la lengua materna y escribieran en ella obras legales, históricas, poéticas y recreativas, sino que, traspasando las fronteras de su reino el conocimiento del amor y protección que aquellos soberanos dispensaban á cuanto era arte de poesía ó manifestación peregrina de la humana inteligencia, promovieron en extrañas tierras el deseo de acudir á las cortes en que tales rendimientos se hacían á las obras del ingenio; dando así ocasión á que cuando los poetas provenzales, crueles censores de las costumbres del clero, hicieron causa común con los albigenses, y hubieron, por tanto, de sufrir las persecuciones de la cruzada que contra ellos realizó Inocencio III, muchos de los que se escaparon de la matanza de Béziers y del saco de Tolosa hallaran puerto de refugio en las cortes de Fernando III de Castilla y de Alfonso IX de León, y acrecentaran el número de los que espontáneamente, ó atraídos por la proverbial largueza de nuestros monarcas, llegaban á los reinos de España.

Ellos fueron los grandes fiscales de la vida del clero y de la de los reyes y magnates, entre quienes no encontraron otro más digno que Alfonso *el Sabio*, bajo cuya protección se acogieron; ellos dirigiéronse á los monarcas castellanos para aconsejarlos ó enaltecerlos, y ellos, al tratar de los acontecimientos nacionales y de los que se desarrollaban en el teatro del mundo, promovieron en medio de aquella espléndida alborada de nuestra literatura, el gusto y la inclinación de la musa española por la sátira poética, ya juvenalesca, ya doctrinal, para juzgar con tal medio los sucesos públicos.

No quiero decir con esto que los poetas provenzales vinieran á imprimir en las letras castellanas una dirección especial y distinta de la que engendra en la musa española el *Poema de Mio-Cid*, raíz y fundamento de la poesía genuinamente nacional, y en donde hay que reconocer, si no marcados acentos de sátira política, iniciaciones de un ideal político y de un principio de derecho aplicados á la consideración de la vida y de la sociedad que sirven de asunto histórico á aquel monumento literario. Verdad es que no formaron los trovadores y juglares de la Provenza el instituto poético de las muchedumbres, ni contribuyeron á crear el gusto de los eruditos, que tomaban rumbos muy diversos; pero no hay que desconocer, sin embargo, que los poetas provenzales fueron los que más cultivaron y esparcieron en España la sátira política, sin que faltaran entre nosotros ingenios esclarecidos en quienes se renovasen la intención y el espíritu de aquella poesía y aun lo meramente externo, formal ó artístico. Así, por ejemplo, semejanzas hay, y muy señaladas, entre esa poesía provenzal y las que compuso el Arcipreste de Hita, que á mediados del siglo XIV introducía en nuestra literatura, tanto los asuntos y el metro de las vaqueras, postorelas ó serranillas de Paulet de Marsella y de Giraldo Riquier, como la forma é intención de los serventesios de Pedro Cardenal y de Guillermo de Figueras, si bien no debo olvidarme de que probado está ya, después del descubrimiento del *Cancionero Colocci Bronculi* y del de la *Biblioteca Vaticana*, que dicho influjo no provino directamente de la tradición provenzal, que Juan Ruiz tal vez desconoció, sino de la lírica provenzal, imitada y modificada por los trovadores gallegos, cuyo raudal opulentísimo de formas métricas inunda todos los cantos populares de la España de entonces y los mismos poemas del *mester de clerecía*.

El Arcipreste de Hita, que por la variedad considerable de los metros en que escribió y por su ingenio, invención y estilo, puede ser tenido como el primer poeta castellano, fué también el primero que, por medio del arte erudito, supo aplicar la ironía y la sátira á la consideración de las costumbres públicas y privadas de su tiempo. La licencia de sus burlas, la indole de sus sales y agudezas, la clase de muchos de los refranes y axiomas en que abundan sus obras, le han valido el dictado de Petronio español, á quien igualó en la pintura naturalista de los asuntos, en la fuerza de sus invectivas y en el carácter de sus maliciosos versos, sin más diferencias que las emanadas del espíritu de las dos sociedades tan diversas en que uno y otro poeta vivieron. Los nobles y los plebeyos, los ricos y los menesterosos, los artesanos y los rústicos, los eclesiásticos y los soldados, los caballeros y los rufianes, los escolares y las Celestinas, cuantas clases constituían la sociedad de su siglo, preséntalas el Arcipreste de Hita al par que su propio retrato físico y moral en el *Libro de*

Cantares, donde muestra las miserias y flaquezas reprehensibles que en todas ellas existían y trata de corregirlas, no con el consejo grave y mesurado, sino con la risa burlona, sarcástica, benévola, rara vez airada ó pesimista.

Eran entonces amadas con frenesí las riquezas del vivir positivo, y los intereses, tiranos de los albedríos, movían hasta las voluntades consagradas al más alto de los ministerios, y por esto, una de las pinturas más vivas é irónicas de los *Enxiemplos* de Juan Ruiz, es la que se refiere al poderío del dinero.

No fué el Arcipreste menos enérgico ni menos elocuente en aquellos pasajes que en otros varios relativos á la corte eclesiástica de Aviñón; y su musa indignada lanzando sus dardos contra los vicios de una clase que, con la feudal, dirigia la política de los Estados, es la que coloca á Juan Ruiz en el primer puesto cronológico entre los poetas eruditos y satírico-políticos de España, aunque quizá no tuvo ningún propósito de predicar la moral, ni de vengar la impureza de las costumbres públicas y políticas, ni acaso fué otro su intento que el de componer un libro de poesías picarescas y regocijadas.

Menos incisivo que el Arcipreste de Hita, aunque mucho más grave y sesudo, fué el canciller de Castilla Pedro López de Ayala, especie de hombre político á la moderna, cuya vida y significación política y poética en su siglo y en la historia ofrece larga materia de reflexiones al erudito y al crítico.

El *Rimado de Palacio*, entre las muchas y varias obras que el Canciller escribió, es la que se relaciona directamente con nuestro asunto. Dedicado el poema á tratar de los deberes de los Reyes y de los nobles en la gobernación del Estado y á pintar las costumbres de su tiempo y á censurar los vicios existentes, tenia que contener importantes observaciones relativas á la vida nacional de Castilla en el último tercio del siglo xiv y en los primeros años del xv, supuesto que estaba escrito por un hombre de gran entendimiento y «de grand consciencia y discreción en la práctica del mundo»; que había surcado como capitán de la flota el mar Mediterráneo; que había ejercido los más importantes cargos en los reinados de Don Pedro *el Cruel*, Don Enrique II, Don Juan I y Don Enrique III *el Doliente*; que había padecido las amarguras de la prisión cuando en Abril de 1367 venció el Príncipe Negro al Conde de Trastámara en la famosa batalla de Nájera, y cuando el día 14 de Agosto de 1385 sufrieron las huestes castellanas el desastre de Aljubarrota; que era hábil político y hombre de estado y que en aquel memorable debate de las Cortes de Guadalajara, celebradas el año de 1390, salió victorioso sobre las pretensiones del Monarca, que, por acercarse á la corona de Portugal, quería abandonar ó desmembrar la de Castilla.

Dichas observaciones, siempre didácticas, en pocas ocasio-

nes satíricas, son, en el orden moral, una acusación vehemente contra aquella sociedad universalmente conturbada y agitada en Castilla por disturbios, ambiciones y torpezas, y en el orden literario, por razón de la forma métrica, una protesta viva contra los seguidores de la escuela italiana, que se había entrado por las regiones meridionales de la Península y en favor de la antigua tradición lírica, venida con impetu avasallador, desde las regiones occitánicas.

Para mostrarse más severo fiscal y reprensor de las culpas ajenas, empieza el Canciller su *Rimado de Palacio* por confesarse el mayor de los pecadores; y ni la majestad, ni el poder, ni las riquezas, ni otras potestades de la tierra contienen su pluma. La corte romana y las costumbres del clero, los ministros de la república, los letrados, los mercaderes, los arrendadores de las rentas municipales, los regidores y, finalmente, lo que da nombre al poema, ó sea la consideración de los *fechos de palacio* y las vicisitudes de la vida palaciega, es la principal materia que solicita la atención de Ayala. ¡Con cuánto acierto la expone! ¡Con cuánta alleza de miras rechaza la avenida de males que estragaba aquella sociedad! Para trazar el cuadro de los arrendadores de las rentas públicas, que agobiaban al pueblo, no le faltan al Canciller epigramáticos acentos. Al referir los vicios que menoscababan la administración de los municipios, acredita sin duda el autor que los siglos han sido siempre unos y de un mismo metal:

Pues las rentas de la villa quando se an de arrendar
Alli llegan los alcaldes por en ellas encarnar,
Fablan vnos con otros por las siempre abaxar,
Pues y veen oficiales quién los osara pujar?

Al traues viene un judio e dise: alcalde sennor,
Pues vos deuen el salario, a la villa es mejor
Que ayades vos las rentas por algunt, prescio menor,
Antes que otro ninguno, é sere yo el cogedor.

Ayades buena ventura, responde luego el alcalde,
Las rentas deste consejo non las quiero yo de valde,
Mas vos dadles por mi tanto, por la villa e arabalde,
Si viérades que fable en ello alguno, fabrad con él, pechalde.

Ay algunos buenos omnes que les pesa mucho desto,
Fablan entre sí llorando, amigos qué será esto?
Quien pujará tal renta? ca bien vemos en su jesto
Quel alcalde se las toma, por ende anda tan presto...

Si vienen los regidores e ponen la fieldad,
Bien sabe que les él pone e tómales la verdat,
Que guarden sobre sus almas al rey toda lealtad,
Mas a parte á cada vno diseles, esto me dad.

Nin valen Evangelios, nin juras nin Sacramento,
Si el mes monta tresientos, nunca ellos dan los ciento,
Los otros lleva el alcalde o los más, si non vos miento,
Así anda la justicia con todo destruimiento.

Tratando del espíritu de la milicia y de las interesables muchedumbres olvidadas de patriótico entusiasmo, clama con elocuencia por su decoro:

Cobdicia cavalleros las guerras cada dia,
 Por levar muy grandes sueldos e levar la quantia,
 E fuelgan queando veen la tierra en roberia,
 De ladrones e cortones que llevan en eompania.
 Oluidado han a los moros las sus guerras faser,
 Ca en otras tierras llanas asás fallan que comer,
 Unos son capitanes, otros enbian á correr,
 Sobre los pobre syn culpa se acostumbbran mantener.

Al excitar el celo de los Príncipes cristianos para procurar la paz de la Iglesia, y al manifestar su deseo de que un concilio cortara la división que amenazaba su autoridad, parece predecir ó adivinar los dos famosos que llevaron á puerto seguro la barca del Pescador, agitada por las fuertes tempestades que levantó el Cisma de Occidente. Al estudiar, sobre todo, las cualidades indispensables á los que han de gobernar los pueblos: la prudencia, derecha razón de las cosas prácticas, el caudal de costumbres, y de experiencia indispensable á los ministros, el vicio de la acepción de personas y de las preferencias de amigos y deudos, y al tratar, en fin, de todas las partes del cuerpo político, contiene el *Rimado de Palacio* tanta y tan grave doctrina, que da á la obra carácter principalmente didáctico, sin dejar de mostrarse el autor, con frecuencia, agudísimo poeta, lleno de espíritu satírico, libre y mordaz, cáustico y pesimista, que contrasta por cierto, con su fe enardecida y su devoción candorosa y con aquella su efusión lírica sobre la contemplación del destino humano, que tal vez inspiró la inmortal alegría de Jorge Manrique.

Pero ni el Canciller de Castilla, ni el Arcipreste de Hita aludieron en sus obras satíricas á personas determinadas. Esta clase de poesía más personal y más acertada, en donde no se ocultan los nombres de aquellos á quienes va dirigida, había de aparecer, con más abundancia y peculiar carácter, durante el siglo xv, cuyos acontecimientos favorecieron su desarrollo. La historia del gobierno de Castilla por el llamado Cardenal de España don Pedro de Frías, Obispo de Osma, en el reinado de D. Enrique III, y la del Condestable D. Alvaro de Luna en el de D. Juan II, tenían que brindar tema abundantísimo á la poesía satírica y política. El número de trovadores que lucieron su ingenio fué considerable. Sobresalió entre ellos, por su fecundidad y larga vida y por la gran reputación de que gozó entre Príncipes y señores, Alfonso Alvarez de Villasandino, «esmalte, luz, espejo, corona y monarca de todos los trovadores, maestro y patrón del arte poética», según proclama el epigrafe de sus poesías en el *Cancionero de Baena*, y de quien escribió el Marqués de Santillana «que todos sus motes y palabras eran metro».

Todos ó casi todos los acontecimientos que presenció fueron recordados en sus poesías (notables asimismo por su valor artístico, especialmente las coplas de pie quebrado, los villancicos y las redondillas encadenadas y por hallarse todavía escritas en gallego y en castellano, acreditando aun en sus días con vivísimos ejemplos la indudable influencia que en nuestra historia poética ejercieron directamente los trovadores de Galicia y Portugal). Así encontramos, entre ellas, versos dedicados al casamiento de doña Leonor, hija del Rey don Enrique II, con don Carlos de Navarra, en 1375; á la muerte del mismo don Enrique, en 1379; á la de su hijo y sucesor don Juan I, en 1390; á la de don Enrique III, en 1406 y á las de las Reinas doña Juana y doña Leonor. El Rey don Enrique II le encargaba versos para sus amantes doña Juana de Sosa y doña Maria de Cárcamo; el Adelantado Pero Manrique, para su desposada, hija del Conde de Benavente; don Pedro Nuño, Conde de Buena, para su mujer doña Beatriz; y otros señalados varones le solicitaban y distinguían. Por esto tuvo ocasión de estudiar muy de cerca la vida palaciega y cortesana, y, hallando que en ella las intrigas eran muchas y no pocos los desafueros é injusticias, creyóse obligado á lamentarse de todo ello, dirigiéndose al mismo don Enrique III, durante su menor edad, y á recordar las fechas gloriosísimas de Fernando III, y de Alfonso XI, el invicto monarca del Salado.

Fué Villasandino partidario de Ruy López Dávalos, aquel ministro de Enrique III, «hombre de gran trabajo en las guerras, asaz cuerdo y discreto», pero que acusado de traición é inteligencia con los moros, «fugitivo y apasionado de gota y otras dolencias, muy afligido por la falsa infamia y por el destierro y perdimiento de bienes, moría desdichadamente en Valencia del Cid dejando á sus hijos en gran trabajo y desamparo»; mas cuando pujaba en privanza el Cardenal de España, sucesor de Dávalos, Alfonso Alvarez, que había estado al principio al lado de este personaje, le acusó de horrendos pecados, pidió su destierro por considerarle responsable de todos los males de la patria, y escribió estrofas como las siguientes:

Amigos, ya veo acercarse la fyn
 Segunt las señales se van demostrando;
 Los muy fuertes muros se van derribando,
 Perescen las flores de todo jardín...
 Las grandes poezas ya son olvidadas
 E por esperencia en partes adradas
 Muere el ques bueno é bive el ruyn...
 Non facem mención de Benameryn
 Nin de las conquistas del Rey don Fernando...
 Precian se mucho de rropas brosladas,
 E porque non tengan arcas despobladas
 Esconden la dobla, gvardan el floryn.

Logró al fin sus deseos el poeta; puesto que

el que era reys de toda crueza
por su gran sobervia dió fuerte cayda

y encerrósele en un Monasterio de Burgos, para que después saliera camino de Roma; mas como se detuviese algún tiempo en Soria, hubo todavía de escribir Villasandimo un público *decir*, contestando á otro de Fernán Pérez de Guzmán, Señor de Batres, igualmente sangriento, en que éste exclamaba:

Non me contento de buelta de anorya
Aunque quebrado sea el arcaduz.
Pues que non echan a ssylvos de Soria
Al gran enemigo de la Vera Cruz.

Pero el suceso que más preocupó á los poetas del reinado de don Juan II fué, sin duda, la privanza del aragonés don Alvaro de Luna, á quien la inquieta y ambiciosa nobleza señaló como causa y origen de los escándalos que vilipendiaron el trono de Castilla en la primera mitad del siglo xv. Todos cuantos rindieron tributo á la poesía, desde el gran señor hasta el humilde coplero compusieron versos relacionados con la privanza y con el suplicio de este personaje, y hasta con su memoria después de muerto: y ahora le ensalzaban para pedirle alguna merced ó alcanzar su protección (pues no fueron por cierto desinteresadas las alabanzas que le tributaron, según que lo comprueba el proceder de los que después de haberle aplaudido le atacaron con fiereza); ahora le dirigían desapiadadas diatribas en que directamente, ó de un modo enigmático y figurativo, encadenaban sus actos con las disensiones y disturbios cortesanos y políticos.

Estos decires, canciones, sonetos y demás composiciones políticas y satíricas tienen, además de su indudable valor histórico, una significación muy digna de notarse, por cuanto acreditan que no se redujo el ejercicio de la poesía en la corte de don Juan II, y de los inmediatos monarcas que ocuparon el trono de Castilla, al relato de ideales empresas amorosas; pues cualquiera que fuese la importancia artística de los poetas ninguno de ellos olvidó la sociedad en que vivía, y ya deliberada, ya inconscientemente, todos representaron en sus composiciones, según la medida de cada cual, el medio en que se desenvolvían y muchos pusieron su ingenio al servicio de determinados ideales políticos é inclinaron la opinión del país en el sentido de sus propios designios ó en el de los partidos en que militaban.

No habré de detenerme mucho, señores académicos, en el estudio de esta poesía, porque siendo vasta la materia se presta á tantas consideraciones críticas que excederían los límites de un solo discurso. Me limitaré, pues, á recordaros los nombres de los principales trovadores y poetas, ya de humilde origen, ya

de condición egregia, que tomaron parte en aquella campaña de terrible oposición al Condestable de Castilla.

Fué Mossen Juan de Dueñas uno de los más señalados trovadores. Adicto primeramente á don Alvaro, á quien prodigó hiperbólicas alabanzas; víctima más tarde de su enojo y del monarca por haberles dirigido lamentos y consejos relacionados con la suerte que corrían los negocios públicos; partidario luego de los turbulentos Infantes de Aragón; emigrado de Castilla y soldado de Alfonso V en el desastre de Ponza, donde cayó prisionero con toda la caballería aragonesa, y cortesano de doña Blanca de Navarra, esposa ya del Infante don Juan, compuso, según los referidos periodos de su vida, porción de decires, muchos de ellos en contra del Condestable, y entre los cuales merece particular atención y estudio uno muy enigmático y lleno de metáforas, en el que predice para el favorito *crudo castigo*, y personifica al Rey de Castilla en el *Sol* y el *León*, á su primer Ministro en la *Luna*, á don Alfonso de Aragón en el *Aguila Prima*, y alude á otros sujetos, personificados en el *escorpión*, la *serpiente*, el *endriago* y el *puerco montés*: iniciación ó reflejo ya del arte alegórico de Italia, que muy presto reconocerá á Dante como el principal modelo de la poesía castellana.

Más literario que Dueñas, aunque mucho más humilde de calidad y de entendimiento, se mostró el sastre Antón de Montoro, conocido por el Roperero de Córdoba y autor de estimables sátiras é ingeniosos epigramas. No es el tono de aquellas de abierta oposición al Condestable; antes se complace Montoro en reconocer los beneficios que de él había recibido, dando con esto ejemplo de alteza de ánimo entre aquellos poetas; pero sin manifestar inclinación por determinados ideales, no deja de lamentarse del encumbramiento á que habían sido algunos llevados con daño á la sociedad y del país, y del olvido en que otros quedaban. Los tonos de la sátira son en Antón de Montoro ordinariamente mesurados, grande su discreción, fáciles y rápidas sus expresiones, abundantes sus medios artísticos.

Por el contrario, no reunió las virtudes poéticas ni la templanza de Antón de Montoro el sevillano Gonzalo Martínez de Medina, hombre muy ardiente y suelto de lengua y muy buscador de sutiles invenciones, debajo de las cuales latían personales ataques, dirigidos con el propósito de procurar respeto para las leyes y de pedir orden y buena administración para el reino, si bien no atacó directamente en ellos al Condestable ni contribuyó con eficacia á los designios del opuesto partido político en que sobresalieron dos caballeros de esclarecido nombre literario, cuya poética participación en aquellos acontecimientos es indispensable recordar.

Prócer de ilustre alcurnia uno de ellos, distinguióse entre los que con más ardor desearon la caída del de Luna y contribuyó

á ella con todas sus fuerzas á pesar de haber militado y combatido juntos, de haberle aconsejado en muchas ocasiones y de haberle servido en otras con gran solicitud. En los atentados de Tordesillas y de Montalbán, el año de 1419; en las reuniones de San Pablo de Valladolid, que ocasionaron el primer destierro de don Alvaro, el año de 1426; en el pronunciamiento del Almirante don Fadrique, que produjo la Liga y el seguro de Tordesillas, el año de 1439; en el levantamiento de Alcalá, por aquel prócer iniciado, y en donde resultó herido en Alcolea de Torote, el año de 1441; en la conspiración de Coruña del Conde, el año de 1449, y en la alianza promovida por el Conde de Ledesma, el año de 1453, que dió por resultado el levantamiento del cadalso en Valladolid; en todas estas ocasiones vemos al Marqués de Santillana al lado de la nobleza de Castilla y en abierta oposición al valido de don Juan II. Y para contribuir á sus fines políticos, vémosle asimismo emplear todo su talento poético en servicio de la causa que defendía; y ora en ardientes sonetos versificados *al itálico modo*, ora en canciones y decires, predisponer, con didácticas ó satíricas composiciones, el ánimo de los castellanos en contra del Condestable, señalándole como causa ú origen del estado del Reino.

Nieto del ilustre y magnífico don Carlos *el Temerario*, Rey de Navarra, era Lope de Estúñiga, famoso y honorable caballero y aristocrático trovador, que en lides amorosas había ejercitado con ventaja su ingenio poético y que compartiendo con el de Santillana su intervención en la política de Castilla escribía, en Agosto de 1446, con ocasión del cerco, toma é incendio de la villa de Atienza, por don Alvaro de Luna, una arrogante poesía política contra el Rey de Castilla, y sus ministros y capitanes; y más tarde á pesar de encontrarse en poder de sus enemigos y afligido de adversa fortuna, sólo le confortaba el derramar contra sus enemigos, y particularmente contra el favorito del Monarca, la responsabilidad de las desdichas del Reino:

Que los bienes que tenemos (*decía Estúñiga*)
 De emprestado los tomamos;
 Porque de continuo vemos
 Que unas veces los perdemos
 E otras veces los ganamos.
 Que es juicio muy probado
 Et por cierto verdadero,
 Que en el mundo baratero
 De quien sois encarcelado,
 Soys después el carçelero.

Hubo también, señores, según he indicado anteriormente, quienes lisonjearan y defendieran al de Luna; pero el número fué mucho más reducido, y entre ellos sólo merece especial recuerdo el cordobés Juan de Mena, cuya autoridad y excelencia

le granjearon, además del cargo de regio cronista, el envidiado título de *El Poeta*. Sus felicitaciones á don Juan II y á su valido por la victoria de Olmedo, sus trovas á las paces de Valladolid, acordadas entre el Rey legítimo de Castilla y los Embajadores y secuaces de su rebelde hijo, y las condenaciones de los vicios de su tiempo y de las revueltas políticas del reino hechas en las *Trescientas* coplas de arte mayor de su conocido *Labyrintho*, no fueron bastantes á agotar la inspiración y consecuencia del poeta. Porque al caer herido de una saeta don Alvaro de Luna en el glorioso cerco de Palenzuela, en los últimos días de Diciembre, de 1452, dirigióle Juan de Mena, cuando la privanza del de Luna tocaba á su término, la más halagadora y autorizada de cuantas composiciones hubo de escuchar aquel desventurado ministro, que cinco meses después hallaría muerte afrentosa en el patíbulo de Valladolid y cuyo cuerpo, como miserable despojo de tenaz y envenenada lucha de treinta y tres años no interrumpidos, había de hundirse en el campo santo de los ajusticiados.

El mismo don Alvaro de Luna mostróse también poeta satírico político en defensa de sus propios actos, pues cuando el inquieto Infante don Enrique de Aragón recibió de manos de Pero López de Ayala, hijo del famoso Canciller de Castilla, la ciudad de Toledo, uno de sus primeros actos, reveladores de la honda malquerencia que hacia don Alvaro sentía aquel Príncipe, fué el de derribar y fundir la estatua de bronce del Condestable, que existía en la grandiosa sepultura mandada construir por el de Luna para depósito de su cadáver en la Capilla de Santiago de la Catedral de Toledo, suceso que inspiró á don Alvaro (que entonces se hallaba recluido en su castillo de Escalona) unos versos llenos de ironía, en los cuales riéndose de la prisión que en 1435 sufrió el Infante don Enrique en la batalla de Ponza, se dirigía á éste en forma parecida á la de los antiguos serventesios provenzales:

Si flota vos combatió
en verdad, Señor Infante,
mi bulto non vos prendió
quando fuisteis mareante;
porque ficiésedes nada
a una semblante figura,
que estaba en mi sepultura
para mi fin ordenada.

Pero aquella lucha había sido tan larga y sangrienta, y el valimiento del Duque de Escalona con el Monarca tan universal y la caída y el castigo tan horribles, que todavía después de muerto, no calmadas aun las pasiones agitadas sin cesar durante muchos años, decidieron muchos poetas mostrar al mundo las enseñanzas de aquel padrón de ignominia en que murió el que

pudo alcanzar un estado al que pocos hombres se han visto encumbrados por la política.

Muchas fueron las poesías que desarrollaron este asunto, con razón calificadas por la historia de venganzas de ultratumba. Acerba es la sátira escrita por el Marqués de Santillana, intitulada *Doctrinal de Privados*, ficción poética en que, entrando el autor en el sagrado de la conciencia, hace surgir de su tumba al Condestable para convertirle, ante sus contemporáneos, en acusador de sus mismos pecados y para pregonar á las siguientes generaciones la justicia del mandamiento de muerte con que terminó su omnipotencia en Castilla.

Vi thesoros ayuntados
 Por grand daño de su dueño:
 Asy como sombra ó sueño
 Son nuestros días contados...
 Abrit, abrit vuestros ojos:
 Gentios, mirat á mi:
 Quanto vistes, quanto vi
 Fantasmas fueron é antojos.
 Con trabajos, con enojos
 Usurpé tal señoría:
 Que si fue, non era mía
 Mas endevidos despojos..
 Casa a casa ¡guay de mi!
 E campo á campo allegué:
 Cosa agena non dexé;
 Tanto quise, quanto vi.
 Agora, pues, vet aqui
 Quanto valen mis riqueças,

Tierras, villas; fortaleças
 Trás quien mi tiempo perdí!...
 A Dios non refferi grado
 De las graçias é merçedes,
 Que me fiço quantas vedes,
 E me sostuvo en estado
 Mayor e mas prosperado,
 Que nunca jamás se vio
 En España, nin se oyó
 De ningund otro privado...
 Lo que non fiçe, façet,
 Favoridos é privados:
 Si queredes ser amados,
 Non vos teman, mas tement.
 Templad la cupida set;
 Consejat rettos juïçios;
 Esquivan los perjudicios;
 La raçon obedecet...

Sátira harto sangrienta fué esta, mas no careció de imitadores. Pues pareciendo bien la empresa del Marqués, trató de secundarla el hidalgo Ferrando de la Torre, en una larga poesía que intituló *Testamento del Maestro de Santiago*, en la cual sombra de éste, evocada por el poeta, confiesa sus desvaríos y hácese responsable de su triste fin en estrofas tan fáciles como la siguientes:

Las mis manos, que besadas
 fueron de comendadores
 e de grandes e menores,
 mando que sean juntadas,
 e con un cordón ligadas
 de muy prima ligadura,
 do perderán fermosura,
 que para esto la ventura
 me las ovo así criadas.
 Et el mi cuello excelente,
 que jamás consintió yugo,

mando que tome el verdugo
 é del faga su talento.
 Lo qual se faga presente
 De quantos ver lo querrán;
 Porque jamás fiarán
 Deste siglo e loaran
 al Señor Omnipotente.
 Mi cabeza tan nombrada
 Por todo el universal,
 Mando en un clavo cobdal
 Que á todos sea mostrada...

Y el famoso Mosen Diego de Valera, que, como intérprete de la grandeza y caballería castellana y encarnizado enemigo del Condestable, contribuyó principalmente á reducirle á prisión, usaba de este duro y agresivo lenguaje:

.....¿Que fué de vuestro poder,
grant Condestable de España,
pues ningund arte nin maña
non vos pudo sostener?.....
¿Que es de vuestra señoría?
¿que es de todo vuestro mando?
¿que es de vos, á quien, dubdando
el mundo, todo tremia?
¿que valio vuestro saber?.....
Quando quiso el soberano

derribarvos con su mano
non vos pudo sostener.
¿Que es de vuestra grand riqueza?
¿qués de quanto mal ganastes?
¿qués del tiempo que pasastes?
¿que fué de vuestra ardideça?
¿Que valio vuestro tener?.....
Quando quiso la fortuna
derribar vuestra coluna
non vos pudo sostener

Y siguieron á la Torre y á Valera otros poetas aristocráticos, deseosos de justificar ante las clases populares las intrigas cortesanas y todos los procedimientos empleados por la interesable nobleza para concluir con la privanza de D. Alvaro.

No se olvidaron tampoco los trovadores semi-eruditos de mencionar la caída del privado, de aludir frecuentemente á su memoria y aun de evocarle asiunismo como protagonista de sus obras; pero más bien que para fomentar particulares direcciones políticas, hacianlo con el propósito de enaltecer las prerrogativas reales y de procurar que la nación se viese libre de tiranías y favoritismos ó privilegios de clase ó de persona. Asi Pero Guillén de Segovia, el discipulo de Juan de Mena y del Marqués de Santillana, el celebrado autor de la *Gaya Ciencia*, que con graves, sencillas é imparciales expresiones juzga los delitos que se le imputaban al de Luna y enaltece la dignidad real; el hidalgo Juan de Agraz, trovador acreditado por sus versos sobre el desastre del Conde de Niebla y á la infortunada muerte del de Mayorga, procurador de la independencia de la corona en beneficio del pueblo, según lo patentizó en sus estrofas políticas; el judaizante Juan de Valladolid, conocido entre el pueblo por *El Poeta* y protegido por Alonso V de Aragón y por la Reina Católica y autor de una porción de poesías políticas, entre las cuales cumple recordar la que dirigió al soberano apostrofando con rudeza al difunto Condestable y alentando al monarca á precaverse del favoritismo, y Pedro de la Calatraviesa, poeta casi desconocido, que condenaba en un *dezir*, enderezado al Rey, la ambición, la hipocresía, la lisonja y el ilegítimo engrandecimiento.

Otro suceso de aquel tiempo, famoso en la historia por razón de la estirpe y calidad de los combatientes, por la sangrienta lucha que en él se mantuvo y por las causas que lo originaron, no debo olvidarlo aquí, ya que en él tomó parte muy principal y

heroica D. Alvaro de Luna, é inspiró unas célebres coplas, conocidas por las *Coplas de la Panadera*, así llamadas por terminar con este estribillo: ¡Ay, Panadera! Refiriéndome á la batalla de Olmedo. Las coplas están escritas con gran soltura y riqueza de lengua; hay en ellas declaradas ó encubiertas alusiones á todos los caballeros que intervinieron en aquel hecho de armas, y han sido atribuidas á Juan de Mena; mas no sabiéndose con certeza quién fuese su autor, hay que considerarlas como una de tantas poesías que surgieron del numen de algún aragonés para ridiculizar y combatir al Rey D. Juan y á los que estuvieron á su lado en aquel atentado contra la integridad del Reino de Castilla pro novido por los turbulentos infantes de Aragón.

No se amenguó en el reinado de Enrique IV la corriente abundantísima de versos satíricos y políticos con que la inspiración del pueblo y la de los eruditos procuraban escarnecer ó corregir las depravadas costumbres del soberano y de su corte y la mala administración en que el reino se hallaba sumido. Abundan los escritos políticos y satíricos en prosa y en verso de aquellas fechas. Entre los últimos existen en las colecciones manuscritas de algunas públicas bibliotecas, y en poder de los eruditos y curiosos, las llamadas *Coplas del Provincial*, atribuidas por unos á Fernando de Portugal, y por D. Luis de Salazar y Castro al Cronista Alonso de Palencia; pero están escritas con tal desenfado y licencia y se dirigió su autor con tanta saña á las damas y caballeros cuyos vicios y defectos critica, que ya no es una verdadera sátira, sino un libelo procaz é infamatorio. Su crédito fué, sin embargo, extraordinario, sin duda por el mismo escándalo que provocaba; y tanto que muchas grandes familias allí infamadas hubieron de sufrir quebranto en la consideración propia de su alcurnia, y embarazo en los Consejos de la Inquisición y de las Ordenes, hasta que el Santo Oficio, después de transcurridos muchos años, en que anduvieron en manos de todo el mundo, prohibió la publicidad de aquellos versos y el poseerlos y recitarlos, y aun excluyó los informes y testimonios que se armasen sobre noticias tan flacas.

Con más embozo y discreción están criticados los vicios de la misma corte en las *Coplas de Mingo Revulgo*, á pesar de que bien se adivina la alusión que en ellas se hace á la portuguesa D.^a Giomar de Castro, amante del Rey; porque el pueblo, echan en cabeza de personajes ya desaparecidos las culpas de los vivos semejantes suyos, y aun del propio Monarca y sus ministros, daba vida y voces á multitud de ingeniosas alegorías de oculto ó de manifiesto sentido.

El buen Corregidor y Alcaide de Toledo Gómez Manrique, que á cuatro monarcas prestó importantes servicios, el poeta de Jaen Hernán Mexía y el madrileño Juan Alvaro Gato, alentaban también con el ejemplo los rectos instintos populares, fisca-

lizando aquellos vicios y desórdenes. Así el primero, con expresiones enérgicas, con estilo incisivo y con nobles y sentenciosos conceptos, condena en valientes trovas el malo y desordenado gobierno que aumenta las riquezas y haciendas de los funcionarios públicos y mengua y empobrece el tesoro nacional, que acepta el dinero como intercesor de los premios, que son debidos á la virtud, y que engendra, en fin, toda clase de vicios y corruptelas. El decir que el noble caballero y poeta intituló *Exclamación é querrela de la gobernación*, dirigido al Arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo y glosado con elocuencia y erudición por el Dr. Pero Díaz, abunda en reprensiones, mas su tono es principalmente didáctico y austero. También cultivó, sin embargo, Gómez Manrique la sátira personal llena de burlas, aunque parecía oponerse á ello lo severo de su carácter. Logró así ser imitador de Montoro, según lo acreditan las coplas dirigidas al Marqués de Villena contra Juan Poeta, nutridas de fieras acusaciones.

Igualaron á los más graves y autorizados decires de Gómez Manrique las *Coplas al mundo*, dedicadas por Hernán Mexía á Juan Alvarez Gato, lamentando la tiranías y discordias en que andaban envueltos los reinos en el tiempo de D. Enrique IV, y las que en su contestación compuso el madrileño Alvarez Gato, cuyo *Cancionero*, en su mayor parte inédito, bueno fuese que viera pronto completo la luz pública, ya que las poesías que andan impresas son pruebas del numen poético del autor, de su inspiración fácil en los asuntos morales y religiosos, sobre todo, y de su intención nobilísima.

Durante el reinado de los Reyes Católicos la musa popular se encargó de poner en los labios de las muchedumbres porción de cantares, coplas, letrillas y romances de ciego, en los cuales ahora protestaba el pueblo de los excesos que cometían el Cardenal D. Pero González de Mendoza; D. Gutierre de Cárdenas, Comendador Mayor de León; D. Gonzalo Chacón, Adelantado de Murcia, D. Fray Alonso de Burgos y otros privados de la Corte; ahora condenaba, imitando la alegoría de las *Coplas de Mingo Revulgo*, en unas coplas muy expresivas, que se dicen compuestas en Jeréz de la Frontera antes del año 1490, los abusos y errores cometidos por los validos del Soberano, aludiendo á las calamidades producidas por la guerra de Portugal y la Conquista de Granada y á la política del Cardenal Jiménez de Cisneros.

Con las grandes empresas militares, llevadas á feliz término por el Emperador Carlos V, casi enmudeció en España la musa de la sátira política, porque era en aquellos tiempos más fértil la cosecha de capitanes valerosos, procuradores con su incomparable prudencia y único esfuerzo de grandes intentos, que de poetas que combatieran por nuevos ideales que no podían sentir, supuesto que se respiraba el ambiente de gloria y de poderío

en todos los ámbitos de la Península, ó de hombres impíos que, perdiendo de vista la virtud del bien aconsejarse, la razón de obrar con rectitud y el cuidado de dirigir su inspiración por nobles caminos, cayeran frecuentemente en asuntos torpes y bajísimos. Sin embargo, no faltó entonces un caballero mozo y vano, D. Diego de Acuña por nombre, que ganoso de poco envidiable fama, quiso emular al desconocido autor de las *Coplas del provincial*, componiendo un *Provincial segundo* y hablando con tal desmesura y liviandad de las damas de la nobleza española y de elevados personajes, que más bien injurió las costumbres y promovió escándalo que alcanzó la enmienda de los males censurados, aunque parece que no le movió otro estímulo de escribir sus versos que el soltársele de la lengua aquello á que más le incitaba su inclinación, tratando de aliviar, con tan malos medios, como acontece muchas veces, el cansancio de la ociosidad y de los placeres.

El Rey de España y Emperador de Alemania y dueño y señor de Flandes, Italia y América; el vencedor de Barbarroja, el Conquistador de Túnez, el árbitro de la Cristiandad, no podía inspirar en su patria más que cantos de entusiasmo, dirigidos á sus grandes hechos y á los de sus generales y ministros. Y el numen de la inspiración satírico política tuvo que refugiarse, por consiguiente, entre los pueblos dominados ú oprimidos, como sucedió, en efecto. Porque Francisco I, en el curso de su larga rivalidad con Carlos V, unió, á las armas de la guerra y de la diplomacia, las armas de la sátira poética y del manifiesto y del libelo. En latín, en francés, y en italiano están escritas esas obras, que salieron del gabinete del erudito, de la improvisación del aventurero ó del pensamiento popular, exhalando la cólera, el rencor y la tristeza de un pueblo vencido. Mezcladas con los panegíricos en que se celebraron las magnificencias de la recepción del Emperador en el Louvre y de su viaje á Gante; aparecieron las obras de los rimadores malignos contra el César y el Conde de Nassau, con ocasión del sitio de Mezières; celebróse irónicamente *Le glorieux retour de l'Empereur*, uniendo á modo de apéndice la doble calumnia sobre *L'empoisonnement du Dauphin*; lanzó en público Claude Chappuys, criado y librero del vencido en Pavia, la *Complainte de Mars sur la venue de l'Empereur en France* y *L'Aigle qui fait la poule devant le coq à Landrecies*; y Antonio Arena, que había visto arder su propia casa en el incendio de Soliers, cantó los desastres de la guerra de Provenza en su poema heroico burlesco de la *Meygra Entrepiza*, que consta nada menos que de 2,396 versos, y está escrito en dialecto provenzal y en latín macarrónico.

En España, en cambio, la exaltación patriótica y religiosa inspiraba á todos los poetas, émulos de Hernando de Acuña, autor de este grandioso soneto dirigido al César:

Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada
La edad gloriosa en que promete el cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte á vuestros tiempos reservada.

Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo,
Y anuncia al mundo para más consuelo
Un Monarca, un Imperio y una Espada.

Ya el orbe de la tierra siente en parte,
Y espera en todo vuestra Monarquía
Conquistada por vos en justa guerra;

Que, á quien ha dado Christo su estandarte,
Dará el segundo más dichoso día
En que, vencido el mar, venza la tierra.

Las mismas causas que acallaron la inspiración satírico política durante el imperio de Carlos V subsistieron en el reinado de Felipe II y produjeron, en la mayor parte del tiempo de su reinado, los mismos efectos. Mantúvose por espacio de más de medio siglo el respeto al nombre español en todos los continentes; lograron nuestras armas grandes victorias; desenvolvió la prudente dirección del Soberano la riqueza nacional y acarrió para el Estado los inmensos tesoros de las Indias; la musa política, por consiguiente, no pudo revelarse más que en la forma patriótica del divino Herrera, que dió gracias al Todopoderoso por la batalla de Lepanto en aquella poesía de inmortal belleza, que comienza:

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.....

y que en magníficos sonetos recordó los laureles ganados por Carlos V en las orillas del río Albis, donde el sajón

Al celo del excelso Rey de España,
Al seguro consejo y pecho ardiente,
Inclina el duro orgullo de su frente.....

ó el heroísmo del Marqués de Santa Cruz en estos versos:

Tu, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Occidente,
Teñiste del Jonio la corriente
Con la vertida sangre de otomano.....
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo;
Que la tierra era poca á tanta gloria.....

Empero, las alteraciones de Aragón en los años de 1591 y 92 inspiraron en aquel reino multitud de pasquines y de proclamas poéticas, publicadas para excitar los ánimos del pueblo; de can-

ciones subversivas, que se oían en labios de la muchedumbre, y de sátiras poéticas, en fin, que impresas corrieron en manos de todos. Desde el 24 de Mayo de 1591, en que por el pleito sobre el nombramiento del Virrey se alborotó el pueblo de Zaragoza, engañado por la sagacidad de Antonio Pérez, salieron innumerables composiciones poéticas; abundaron las burlas ó las censuras relativas á aquellos graves acaecimientos y á sus principales promotores y defensores, ya descarados, ya encubiertos, del movimiento popular en las turbulencias de Aragón. Estos fueron los que principalmente emplearon tal medio de propaganda y de lucha. Uno de los más célebres pasquines fué el intitulado *Pasquín del infierno*, diálogo poético en que los interlocutores son Mateo Vázquez, Secretario del Rey; D. Juan Gurrea, Gobernador de Aragón; Jerónimo Blancas, Cronista del reino, y el general Marqués de Almenara; los cuales, por haber ya fallecido, mantienen, con Plutón y Farfarelo, un coloquio en el infierno acerca de lo sucedido en Zaragoza el 24 de Mayo de 1591. El pasquín quiere imitar el estilo de Luciano, y está compuesto en verso suelto; los tonos en que está escrito son violentísimos, y los personajes afectos al Rey salen muy mal parados, sin que busque muchos rodeos para dirigirse á ellos el autor; que según escribe Argensola, haciéndose intérprete de la pública opinión, no fué otro que el propio Antonio Pérez.

Muchas de tales poesías influyeron en el curso de los sucesos. Así, produjo muy honda sensación un romance que D. Salvador Bermúdez de Castro atribuye á Antonio Pérez, pero cuyo verdadero autor fué un caballero infanzón é hijodalgo llamado Cosme Pariente, el mismo que, en la compañía de otros señores, presentó á los Diputados aragoneses, el 27 de Octubre de 1591, la cédula de requesta solicitando la defensión de las libertades y fueros del reino contra el ejército de D. Alonso de Vargas, ya en aquel territorio, y que por haber tomado parte tan directa y principal en dichas alteraciones fué condenado á galeras, cuyo castigo cantó en fáciles endechas.

Era, en efecto, Cosme Pariente hombre de ingenio chispeante, y como, al decir del Conde de Luna, su contemporáneo, tenía particular habilidad para hacer versos, todo el mundo buscó el romance á que me he referido, y comprendió y comentó las alusiones á personas y cosas que en él había.

Harto pernicioso y excesivo iba siendo el influjo que tal composición y otras semejantes ejercían en el pueblo. Comprendiéndolo así algunos buenos aragoneses de mesurado juicio y recta intención, difundieron otras poesías escritas en tonos más prudentes, y á este designio contribuyó con un largo y bellissimo romance el P. Fray Diego Murillo, inspirado vate aragonés y Lector de Teología, en el convento de San Francisco de Zaragoza, á quien le fué confiada la triste misión de salir con el guardián y

demás religiosos, poco después del mediodía del 20 de Diciembre de 1591, para acompañar el cadáver de aquel desventurado mancebo, con cuya muerte afrentosísima logró Felipe II el término de la revolución de los aragoneses.

Tan honda impresión habían causado aquellos sucesos, que eran ya pasados algunos años desde su triste é ignominioso desenlace, y la musa erudita y la popular no cesaban de aludir á ellos, llegando sus acentos, en las soledades de El Escorial, hasta el mismo real palacio.

En efecto: holgábase el Monarca de que acudiese á su cámara, para cantarle y aplacerle mientras comía, un músico llamado Villandrando, cuya fama de hábil cantor corría por todo el reino y cuya gracia particular para declamar versos aplaudían con frecuencia los cortesanos. Gustaba S. M., sobre todo, de oír romances antiguos, y para satisfacer sus aficiones, un día en que su acompañaban al Rey el Conde de Chinchón, D. Cristóbal de Mora, Juan Ruiz de Velasco y otros sujetos, comenzó á recitar el músico una poesía imitada á aquella del romancero del Cid que comienza: *Sentado está el Señor Rey*, y en la cual Doña Ximena, la que después fué esposa del Campeador, se queja de éste al soberano. Estimuló el romance la atención de Felipe II; hizole que se lo cantara de nuevo, y tanto le satisfizo, que le obligó á que por tercera vez lo repitiera. Los cortesanos entonces, más atentos á lo que el romance quería decir, vieron claramente las alusiones que contenía á la privanza de los ministros, á los sucesos de Aragón y á las Cortes que el Rey acababa de celebrar en Tarazona; y levantándose airado el de Chinchón y alcanzando al músico, que acababa de partir, dijole: «por vida del Rey que os he de meter en un calabozo y hacer que digáis quién os ha dado ese pasquín y atrevimiento para que le digáis delante del Rey». Turbado el músico por la apretura en que se veía, y afligidísimo, hubo de contestar al Conde quién se lo había dado y cuán común era en Madrid el romance. Apercibióse el Rey, «que de ninguna cosa se descuidaba», de la brusca salida del de Chinchón, y después de haberle dicho á D. Cristóbal de Mora que «el romance era de hombre de buen entendimiento y que había gustado de oírle», mandó á Juan Ruiz de Velasco que saliese y dijera á Villandrando que otro día tornara á recitarle la misma composición á su aposento; y que si el Conde de Chinchón sobre el romance atravesaba alguna cosa, lo supiera y le avisase. Volvió Juan Ruiz y refirióle lo sucedido á S. M., el cual exclamó: «Mal ha entendido el Conde de Chinchón el romance; antes es muy bueno y muy á propósito».

¡Elocuente testimonio del gran corazón de Felipe II, bajo cuyo cetro florecieron gloriosamente la lengua castellana y las ciencias y letras, nunca opresas ni perseguidas por la corona!

Fué el autor del romance á que acabo de referirme un poeta.

bibilitano. Pedro Liñán de Riaza, á quien Cervantes, en su *Canto de Caliope* y Lope de Vega en su *Jerusalén conquistada*, en sus *Rimas humanas*, en la segunda parte de la *Filomena*, en *La Circe*, en *El laurel de Apolo* y en *La Dorotea*, no cesaron de tributar apasionadas alabanzas, poniéndolo al lado de los más grandes poetas antiguos y modernos. Acreditante, en verdad, de facilísimo poeta sus muchas composiciones, escritas en metros genuinamente castellanos y, sobre todo, sus romances, muchos de ellos dignos de Góngora, en los cuales le inspiran, ya los hechos sublimes y heroicos, ya los afectos amorosos, ya las humanas debilidades. Cultivó también Liñán de Riaza, además de la poesía lírica, la dramática, y dió abundantes pruebas de su ingenio hasta pasados ya algunos años del siglo xvii, en cuyo primer tercio había de aparecer uno de los poetas satírico-políticos más renombrados de nuestra historia.

En esa época vivió, en efecto, el famoso D. Juan de Tasis, Conde de Villamediana, y en aquellos años compuso sus más ardientes poesías. Colocado en la cumbre de una alegre y lozana juventud, y dotado de ingenio vivo, de regular ilustración y de exquisita urbanidad, mostróse en Lombardía, en Roma y en Nápoles como mancebo gallardo, afable, generoso, discreto y prudente. Pero desvanecido é inquieto por el aplauso que le granjearon unas mordaces ceplas que dirigió á la actriz Jusepa Vaca, muy agasajada de los grandes señores, crecen sus alientos de poeta irónico y desenfadado, y no teniendo al fin playas que los contengan, desatado ya el raudal de su musa satírica y vuelta su atención á los personajes políticos, emplea todo su talento y vigor poéticos, contra cuantos compartían el poder delegado del monarca absoluto. Acarréanle sus versos disgustos sin cuento: el duelo, el destierro, la amenaza de muerte, en fin. Mas no se tuerce ni declina con facilidad el obstinado empeño del maldiciente, cuyos excesos y demasías alcanzan el popular aplauso y cuyos propósitos logran á veces el deseado efecto. Caían de sus puestos los Presidentes y los Ministros de los Consejos Supremos, y los Oidores, y los Jueces y los modestos funcionarios, pero todos eran para el poeta violadores de su patria, usurpadores de la libertad y del tesoro nacionales, archivo y depósito de innumerables ignominias. La musa de aquel poeta ó la de sus imitadores no había, finalmente, de respetar la majestad real, y tanta audacia no llegó á prevalecer. Villamediana sucumbió al golpe de alevosa ballestilla el 21 de Agosto de 1622. ¡Ejemplo de los peligros en que ha puesto á muchos el hablar incauto y procaz, y de los fugitivos distraimientos y de la maledicencia en que ejercitó su pluma el ilustre cantor de Francelisa, el enamorado mancebo de la Reina!

Los versos del Conde corrieron en millares de copias durante su vida; pero hasta siete años después de muerto no se publica-

ron impresos, habiendo desechado el colector, que ocultaba su nombre bajo el pseudónimo del Licenciado Dionisio Hipólito de los Valles, todas las obras satíricas y personales, que eran, por cierto en número importantísimo. Mas la prohibición muy severa á que alude la advertencia *al lector* de las obras del Conde en esta edición príncipe, incitó más y más la curiosidad pública y aumentó; por lo tanto, el número de manuscritos en que se fueron reuniendo todas las audaces sátiras políticas de Villamediana. A estos códices, que existen en públicas bibliotecas y en poder de los eruditos y curiosos, tiene que recurrir quien desee conocer y estudiar las composiciones de esta índole, escritas por D. Juan de Tasis, ya que en el «Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos» de D. Bartolomé José Gallardo, en la colección formada por el Sr. Castro y en el libro del Sr. Cotarelo no están publicadas todas las inéditas, si bien no es deseable que muchas de estas logren los honores de la imprenta.

No es este el momento de juzgar las obras serias é inofensivas del Conde, ni sus sacros y filosóficos sonetos, ni sus graves y enérgicas canciones, ni sus sentidos romances y redondillas, ni aun siquiera sus chanzas y epigramas que excitan notablemente la risa. Exigen con preferencia mi atención sus fáciles y desaliñados versos satíricos, en donde ataca las personas ó los actos de los gobiernos de Felipe III y Felipe IV; y es de advertir ante todo que Villamediana libróse en ellos del culteranismo, que afea y empaña el brillo poético de sus demás composiciones, especialmente el de los poemas de *Faelón*, *Venus y Adonis*, y *Apolo y Dafne*. Porque escritos sus versos político-satíricos con suma espontaneidad, escapándose de la lengua ó de la pluma sus sentimientos sin artificio ni afán de reprimirlos, no le daba tiempo esa rápida elaboración psicológica para pensar ó meditar sobre la conveniencia de seguir la escuela culterana, tan en boga en España y en Europa. Mas si en cuanto á la forma, á pesar de que fué desaliñada en estas composiciones, aventajó el Conde, por su espontaneidad, vigor y rapidez, á todas las otras que compuso en los demás géneros literarios en que se ejercitó, no puede decirse otro tanto del espíritu y tono de sus poesías satírico-políticas, que carecen de aquel alto fin moral que debe proponerse el autor de tal linaje de poesía, condenando en términos generales y en frases decorosas los vicios y las acciones reprensibles de sus contemporáneos. Su envenenada pluma no acaba de referirse á las personas, ni de emplear las palabras más violentas. Nada ni nadie se libró de su maledicencia: El Duque de Lerma, el de Uceda, Fray Luis de Aliaga, el Duque de Osuna, D. Rodrigo Calderón, toda la Corte, en fin, de Felipe III y la de Felipe IV, y en particular el Conde-Duque de Olivares, uno de los ministros más sañudamente combatidos por la musa satírica, erudita y popular, todo y todos cayeron bajo la acción poética de Villamediana. El

cual, secundado por innumerables copleros y libelistas, indignos de particular memoria, infelices imitadores suyos, aludió también de continuo á las leyes de la administración pública y á las disposiciones emaradas de los altos poderes.

El papel sellado, que se estableció en 1633 y que inventó el Padre Salazar;

el arbitrista cruel
del dozavo y de la sal,
(*que*) para acabar de hacer mal
echó el sello en el papel;

la pragmática publicada en 1623 contra los cuellos y puños de encaje, la construcción del palacio del Buen Retiro; la baja de la moneda; nuestras derrotas en los Países Bajos; todo fué motivo de poesías satírico-políticas.

Cierto es que la marcha política de nuestra nación en aquellos tiempos merecía general censura. Entregábase Felipe III al arbitrio de su primer ministro el Duque de Lerma, que por espacio de veinte años no administró más que concertando voluntades y otorgando los puestos al amigo y al deudo; se levantaban de la nada á los ministerios más altos ciertos hombres ineptos, que sin rentas ni haberes suficientes producian el escándalo y la abominación de la república por la pompa de que se veían rodeados, pero de cuyo triste fin emanaba la conformidad de los altos, prudentes y discursivos, entronizábase el favor contra el mérito, y los áudaces é intrigantes humillaban á los sabios y virtuosos. Vino el cuarto Felipe, y exaltado D. Gaspar de Guzmán al puesto primero de la nación, no atendió más que á satisfacer sus propias ambiciones sin procurar decididamente el alivio de las desdichas en que yacía la patria española. Para halagar al pueblo, exasperado por los excesos cometidos por los anteriores ministros, fué el primer acto del gobierno de Olivares la institución de una llamada Junta general de reformatión de costumbres, que tenía por objeto averiguar la riqueza de los consejeros y altos funcionarios de los últimos veinte años, la que poseían antes de ejercer sus cargos y los medios de que dispusieron para alcanzarla: noble empresa que entonces, como siempre, ha de acarrear para quien la realice el respeto de sus contemporáneos y el aplauso de la posteridad! Pero ¡cuán pronto hubo de comprenderse lo falaz de aquella providencia, arma de persecución nada más y engaño dirigido á los incautos!

(Se continuará)